

UNA CONFERENCIA POLITICA DEL SEÑOR UNAMUNO EN EL ATENEO DE MADRID

«El pensamiento político de la España de hoy»

En el Ateneo de Madrid dió el lunes por la tarde una conferencia D. Miguel de Unamuno. Versó el tema de su discurso sobre "El pensamiento político de la España de hoy". El salón y las tribunas aparecían repletos de público.

El Sr. Unamuno comenzó diciendo: "Vengo como quien va a un sacrificio, con el ánimo bastante deprimido. He dicho—agregó—que me dolía España, y hoy me sigue doliendo, y me duele, además, su República".

Afirmó que no pertenece a ningún partido político, lo que no quiere decir que no sea republicano. Quiere decir que él no es político, sino español. "De este no conocerme ha surgido, entre otras cosas, el que se me echase en cara, a poco de inaugurarse el Parlamento, que ayudase, como creí de justicia, a resolver mi acta, la de Salamanca, y que me dijeran que era necesario servir a los partidos políticos, aun cometiendo injusticias."

Examinó el concepto de opinión pública y preguntó si verdaderamente existe. "Los pueblos en España no son monárquicos ni republicanos; sólo son contrarios de alguien. La República vino contra el Rey. Nos trajo ella a nosotros; no la trajimos. En España hubo solamente oposición republicana de Su Majestad.

Después de la República—añade—vino el desencanto, porque no se hizo la revolución. Ahora dicen los políticos que se está haciendo; pero se hace con actos verdaderamente temerarios, como fué la quema de los conventos y la disolución de la Compañía de Jesús y confiscación de sus bienes.

La frase de "todos los conventos de España no valen la vida de un solo republicano" fué interpretada por mí como que los incendiarios eran buenos republicanos."

Califica de desdichada la ley de Defensa de la República y la escuela de arbitrariedades ministeriales. La inquisición tenía garantías; pero hay algo peor que ella: la inquisición policíaca, que, apoyándose en un pánico colectivo, inventó peligros con el fin de arrancar unas leyes de excepción.

Habla de la suspensión de periódicos, y dice que le recuerda lo ocurrido a un capitán. Tenía delante a un soldado que le miraba socarronamente y le dijo: "¿Se está usted riendo, eh?" "No; mi capitán", le contestó el soldado, y el capitán le replicó: "Pero se ríe usted por dentro".

Sigue afirmando que él, que padeció injusticias, no quiere que se cometan ahora. No comprende la significación de la llamada concentración de izquierdas, y cree que nos estamos hundiendo cada vez más en el campo de las pasiones.

Trató después de la enseñanza, y dijo que, suprimida la religiosa y creada la laica, se necesitan maestros, y, como no los hay, habrá que reclutarlos entre los frailes. (Se oyen aplausos y protestas, y es silbado el orador. Entonces se le tributa una ovación de desagravio.)

El orador dice que no cree que con alborotos se resuelvan los graves problemas planteados.

¿Resolverá el problema la ley Agraria? Hay tierras que con reforma o sin ella no pueden dar de comer a sus pobladores. Muchos de los que mañana dependan del Estado comerán menos que hoy, y todos nos

convertiremos en siervos de la gieba. Con el proletariado intelectual sucederá lo mismo. Habrá de llegar a un período de suicidio y de esterilización.

También hay que ir contra esa monserga de la personalidad diferencial de las regiones. El autonomismo cuesta caro y sirve para colocar a los amigos de los caciques regionales. Habrá más funcionarios provinciales, más funcionarios municipales; habrá un Parlamento y un Parlamentito. Es decir, existirá una enorme burocracia que contará, además, con el asilo del Estado federal. En vez de una República de trabajadores vamos a hacer una República federal de funcionarios de todas clases.

Dios quiera que vuestros hijos encuentren en esa nueva sociedad que se avecina las satisfacciones que yo no podría encontrar. ¡Que esa República federal de funcionarios de todas clases encuentre un ideal! No es lo que yo soñaba. ¡Qué le vamos a hacer...!

Presencio con tristeza que ha desaparecido toda serenidad. Yo sirvo a un senti-

LA MAÑANA. PAG. 53

miento de justicia, y me aterra que con otros se cometan injusticias. No me gusta eso, no quiero llevar dentro de mí un alma de despota."

Fué aplaudidísimo.



El Sr. Unamuno fué muy felicitado

Fueron muchos los diputados que ayer tarde en los pasillos de la Cámara felicitaron a D. Miguel de Unamuno por el discurso que pronunció en el Ateneo el lunes último. El Sr. Unamuno dijo a algunos diputados:

—Tuve que hacer un gran esfuerzo físico para frenarme. Pero el día menos pensado diré en el Parlamento cosas mucho más graves.

Luego añadió:

—Yo tenía hace tiempo el pensamiento de hablar así, pero me resistía a ello. Lo que me decidió fué el último discurso del Sr. Azaña.

CONFERENCIA DEL SR. UNAMUNO

«El momento político de la España de hoy»

Ayer tarde dió en el Ateneo su anunciada conferencia D. Miguel de Unamuno, sobre el tema "El momento político de la España de hoy".

Comenzó el rector de Salamanca diciendo que vive en momentos de gran pesimismo y que ha de hacer continuos esfuerzos para que no le gane este sentimiento.

Como no pertenece a ningún partido, sólo procede por dictados de conciencia. Por eso no sirve a un partido contra la justicia. No cree que exista la opinión pública.

Juzga actos temerarios la quema de conventos, la disolución de los jesuitas y la confiscación de los bienes de la Orden. Todo ello son represalias y esta conducta acaba siempre en hechos sangrientos.

Censura la situación social del país y la ley de Defensa de la República.

El Gobierno es una escuela del sistema inquisitorial, que perdura apoyado en la Policía, no por mala fe, sino por falta de capacidad.

Censura también la suspensión de periódicos, no por lo que dicen, sino por el retintín.

En el Parlamento se vota más por disciplina que por conciencia.

No me importa—añadió—que me llamen derechista, porque no sé lo que es derecha ni izquierda, términos confusos que nadie entiende.

Le parecen mal las jubilaciones, aun recordando que él propuso jubilar con todo el sueldo a los catedráticos incapaces.

Para el Sr. Unamuno los partidos no tienen más misión que organizar el caciquismo, y en una larga divagación compara la organización de las hormigas y de las abejas con la de los hombres, para deducir que si la de los animales es perfecta, en lo económico no lo es porque carece de sentido histórico y religioso.

De la enseñanza dice que, aun creada la laica, como no hay maestros habrá que reclutarlos entre los frailes.

(Esta afirmación produce un alboroto. Parte de la sala protesta, parte aplaude y son expulsados algunos de los desconformes.)

La República—sigue diciendo el conferenciante—hipertrofia la burocracia y acabará siendo no una República de trabajadores, sino una República de funcionarios.

Dice de la reforma agraria que la votó, aunque no servirá para nada, y acerca del problema del paro contó algún caso pintoresco ocurrido en Salamanca.

Habla de los derechos del hombre, nacidos de la Revolución francesa, que es la verdadera Revolución. Hace un canto a los hombres del 98, ilusionadamente liberales, y dice que prefiere ser anarquista antes que ser dictador. Evoca sus confinamientos por causas que todavía desconoce. "Aquello—dice—lo hacía Primo de Rivera." "Yo lamento—dice el Sr. Unamuno—los confinamientos actuales, y no quiero ser cómplice de ellos."

Las últimas palabras fueron éstas: "Hay que imponer el genio individual sobre la masa, que todo lo invade y pretende centrar al mundo en el materialismo histórico. Siento no tener que decir sino esto: Amigos, hasta otra."